

Franck JANIN, sj

Especificidad del acompañamiento espiritual*

Herida y curación

Introducción

El supermercado del consumo no cesa, en todos los ámbitos de la existencia, de proporcionarnos nuevos “productos”. Lo “espiritual”, como sabemos, no se queda atrás. Las propuestas, acercamientos, métodos que integran –con un enraizamiento eclesial muy variable- una dimensión espiritual, se multiplican y, a menudo, con fuerte reivindicación de eficacia y de éxito en el terreno particular de la curación de heridas. Se ofrecen gestiones que, en muchos casos, incluyen una relación de ayuda personalizada, una relación de “acompañamiento”. Además, el desarrollo de las ciencias humanas, y muy particularmente de la psicología, impregna cada vez más esas prácticas y a menudo, por lo demás, con sabiduría y con fruto. Frente a esta profusión y diversidad, a fin de ofrecer un servicio mejor y evitar marchas a la deriva, se vuelve cada vez más indispensable que se den criterios para delimitar mejor la especificidad de cada una de esas aproximaciones. Yo quisiera aquí examinar en primer lugar el carácter propio del acompañamiento espiritual para a continuación considerar su relación con las heridas y con la curación.

El acompañamiento espiritual. Intento de definición

Definir tan precisamente como sea posible lo que es el acompañamiento espiritual y, a partir de allí, lo que no es, va a permitirnos no solamente delimitar con exactitud su campo de acción –lo que se puede o no esperar de él- sino también va a servirnos de criterio para evaluar si esta ayuda específica alcanza su objetivo o no.

La definición del acompañamiento espiritual que voy a proponer podrá parecer muy restrictiva. Sin embargo, se me ha presentado cada vez más claramente, a lo largo de años de práctica personal y de la serie de mis encuentros con acompañadores de todos los rincones, que lo que un buen número de entre ellos en realidad hacen –sin ser siempre conscientes de ello- es otra cosa o muchas otras cosas diferentes a un acompañamiento espiritual en sentido estricto. Muy a menudo, el acompañamiento

* De *Vies consacrées* 76 (2004-4), pp. 241-253. Traducción del francés realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb (Abadía del Gozo de María, San Antonio de Arredondo, Córdoba, Argentina),

se parece mucho a una conversación psicológica o psicoespiritual, o también a lo que se llama en inglés *counselling* (que proviene de “consejo espiritual”), o a la escucha orante, o también a la enseñanza moral o teológica. Hace algunos años, yo personalmente realicé un giro. Vi con claridad que yo mismo formaba parte de esa especie de engranaje en el que la persona que encontraba me pedía no solamente que fuera su acompañante espiritual, sino al mismo tiempo, y a veces prioritariamente, un sostén psicológico, un consejero moral y teológico, un guía en el discernimiento, un hermano en la oración, etc. Salvo raras excepciones, creer o hacer creer que una persona puede ser todo eso al mismo tiempo, es una ilusión. Con el riesgo, sea de impedir que las personas encuentren la ayuda específica y competente que les conviene, sea de ser muy simplemente desviadas de lo esencial del acompañamiento.

Propongo la siguiente definición¹: “El acompañamiento espiritual tiene por objetivo ayudar al acompañado a desarrollar una relación personal consciente y afectiva con Dios”. Ese es el objetivo, lo esencial. Nada de muy particular a primera vista. Sin embargo, se ve de inmediato lo que el acompañamiento espiritual no es. En todo caso, lo que no es en primer lugar y esencialmente. Así el acompañamiento espiritual no tiene por objetivo mejorar la vida moral del acompañado, resolver sus problemas, hacerlo progresar en sus conocimientos teológicos, ayudarlo a hacer elecciones, a ser más feliz, a sentirse bien... a ser curado.

Es la relación con Dios lo que es el objetivo. Y de esta relación, eventualmente, se desprenderá una mejor vida moral, la resolución de problemas, mejores elecciones, una mayor felicidad, mayor bienestar, una curación y muchas otras cosas. Me parece que en muchos casos, es muy simplemente lo inverso lo que se hace. Se va primero a los problemas, a las elecciones que hay que tomar, al deseo de felicidad para ir, después a Dios. A menudo, la consecuencia es que no se va realmente a Dios no siendo más Dios el sujeto central del acompañamiento. Para que el acompañamiento espiritual sea fiel a su objeto, la atención primera y entera debe colocarse en Dios y en su relación con el acompañado, y en la relación del acompañado con Dios. Las consecuencias en la manera de acompañar están lejos de carecer de importancia.

Como vamos a decirlo más adelante, es muy posible que el desarrollo de la relación con Dios esté frenada o impedida a tal punto por dificultades o sufrimientos físicos o psíquicos que sea preciso entonces trabajar específicamente esos ámbitos de sufrimiento y de dificultades, pero entonces

¹ Con referencia a esta reflexión sobre la especificidad del acompañamiento espiritual, véase el excelente libro de W. A. BARRY y W. J. CONNELLY, *La pratique de la direction spirituelle*, Paris, Desclée de Brouwer-Bellarmin, 1988 (Collection “Christus”, n° 66).

seamos claros y reconozcamos que salimos el ámbito de competencia estricta del acompañamiento espiritual.

Vuelta a la definición

Retomemos nuestra definición. El acompañamiento espiritual consiste en ayudar a desarrollar una relación personal consciente y afectiva con Dios.

El acompañamiento espiritual consiste en “ayudar”

Ese término expresa bien que en ningún caso el acompañador se pone “en el lugar de” sino más bien que está “al servicio de”. El vocablo acompañador es en esto más adecuado que el todavía empleado de director que evoca más a alguien que dirige el curso de las cosas. El interlocutor del director es además llamado “dirigido”. No obstante, el término puede también evocar la figura de alguien que indica una dirección y que, sin imponer, invita y plantea buenas preguntas: “¿Y si lo miraras un poco de este lado o de este otro?”. El director está en ese caso bien en su función. En cuanto al término “acompañador”, su límite es que puede evocar una proximidad demasiado grande perjudicial igualmente en una relación donde la reciprocidad no está en la mira. San Ignacio de Loyola es muy claro cuando recomienda al director de los *Ejercicios espirituales* “dejar al Creador obrar sin intermediario con su criatura y a la criatura con su Creador y Señor” (*Ejercicios espirituales* 15). En un determinado momento, en la relación de acompañamiento, yo ya no acompaño más. Yo soy el testigo de Dios que acompaño al acompañado y contemplo esa relación. Se podría decir que el acompañador espiritual es un “contemplador” o muy simplemente un “contemplativo” llamado a ayudar, es decir, a hacer más fácil, a favorecer, el desarrollo, el desenvolvimiento de lo que ya está presente. En el acompañador, la atención contemplativa debe referirse en primer lugar no sobre el acompañado y sus problemas, sino sobre Dios, y Dios tal como Él se revela muy personalmente y particularmente en el acompañado. No es “mi” Dios, es decir mi imagen de Dios, la que debe guiar la relación de acompañamiento, sino el Dios del otro.

El acompañamiento espiritual consiste en ayudar “a desarrollar”

Desarrollar una cosa, no significa crearla, producirla. El presupuesto del acompañamiento espiritual es que Dios mantiene una verdadera relación con cada persona humana sin excepción. Incluso cuando la persona no lo sabe, no lo percibe (conciencia) o no lo siente (afectividad). Dios no se

impone jamás a la libertad del hombre. Por respeto por la elección de una persona, Él podrá a veces tornarse discreto y mantenerse como a distancia de ella. Pero jamás abandonará la relación. No por que una persona no me hable de Dios o por que me diga que ella no cree en esa relación, Dios no tiene una relación con ella. Y si escucho, miro atentamente, si contemplo la vida de la persona acompañada, los signos de esta relación van a aparecérsese. La ayuda y el desarrollo se harán entonces muy particularmente a través de preguntas abiertas, que no indiquen o no induzcan la respuesta. Así la apersona acompañada se hace capaz de tomar conciencia, de entrar en un mejor reconocimiento de esta relación hasta en sus dimensiones afectivas.

El acompañamiento espiritual consiste en ayudar a desarrollar “una relación personal consciente y afectiva con Dios”. Una relación personal, es una relación entre un “yo” y un “tú”, y no con una entidad, con una presencia vaga y sin consistencia o con una “fuerza”, con una “energía”, aun cuando en un primer tiempo la presencia de Dios puede a veces ser experimentada así. Es un Dios con quien se instaure un diálogo, un Dios a quien yo hablo y que me habla. Un signo de falta de relación personal es el monólogo persistente. Para tomar conciencia de la misma, puede ayudar una pregunta sencilla: “¿En su oración quién habla más?”. Otro signo será la siguiente observación: “Yo hablo a Dios, pero Él nunca me responde”. Una relación “consciente”, esto es una relación donde yo puedo nombrar a aquel con quien estoy en relación: ¿nombro más al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo, a la Virgen María...? Y no solamente nombrarlo, sino también hablarle de manera más precisa. Si es al Padre, ¿lo percibo más bien como benévolo, manso, paciente, exigente, severo...? Como en toda relación, la toma de conciencia no se hace sino formulándola con palabras. La ausencia de palabras es a menudo un signo de una conciencia débil. No creamos demasiado rápido en que el acompañado ha alcanzado un plano espiritual donde las palabras ya no tienen importancia. Es por último una relación “afectiva”, es decir, es una relación donde la afectividad está comprometida, donde todos los colores de los sentimientos, de las emociones pueden, tienen el permiso, de expresarse, es una verdadera relación experimentada a veces cálida o fríamente, en la paz o en la inquietud, la alegría o la tristeza, en la proximidad o el alejamiento. El color personal, consciente y afectivo de la relación con Dios es subrayado por san Ignacio cuando él invita al “retirante”, en un coloquio, a hablar con el Señor: “Como un amigo habla con su amigo o el servidor a su jefe” (*Ejercicios espirituales* 54).

¿Curar heridas? Criterio de discernimiento

Una vez planteado este marco, es fácil partiendo del mismo encontrar un criterio de discernimiento espiritual para abordar la cuestión de las heridas y de su curación. Simplemente habrá que distinguir

las heridas que son un obstáculo para la relación con Dios y las heridas que, es preciso decirlo, no lo son e incluso pueden llegar a ser caminos para la unión con Dios. En un camino espiritual, no es necesario ser curado de todo. Desde un punto de vista espiritual, no hay que ser curado de todo porque la curación no es el objetivo. San Ignacio de Loyola en su “Principio y Fundamento” afirma la relatividad de todas las cosas “salud o enfermedad, vida corta o larga, honra o deshonra...” respecto del único objetivo que es tener una vida al servicio y a la alabanza de Dios (*Ejercicios espirituales* 23). Me acuerdo de una observación del Padre Thomas Philippe, iniciador de las comunidades del Arca con Jean Vanier, que decía que las personas discapacitadas no estaban a menudo muy dotadas para la práctica de las virtudes morales o cardinales, pero que para las virtudes teologales, eran a menudo inigualables. Citaba el ejemplo de una persona inclinada cotidianamente a grandes cóleras, pero que incansablemente iba con una confianza, una esperanza y un amor a Jesús sin límites, a arrojarle en su misericordia. Un día se le preguntó a alguien que poseía un carisma de curación por qué no curaba a las personas discapacitadas. Su única respuesta fue: “Porque no lo necesitan”. Desde el punto de vista espiritual, lo esencial no es ser curado sino encontrarse con Dios y vivir en su presencia reconocida y acogida. Como eco, escuchemos la oración de san Pablo que pedía ser liberado de “un aguijón en la carne” y al Señor que le responde: “Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza” (cf. 2 Co 12,9).

Cuando el deseo de curar llega a ser un obstáculo

Focalizarse en el deseo de curación puede a veces incluso llegar a ser un obstáculo en el camino espiritual. Ese deseo, obnubilando los pensamientos y la voluntad, consume las energías y desvía de Dios quien, no obstante, es invocado para la curación. La evidente focalización actual en la curación no se da sin consecuencias. Bajo apariencias espirituales, esa búsqueda parece a veces no ser sino una alternativa más del culto a la salud así como del miedo a la muerte y al sufrimiento que atraviesan nuestras sociedades. Muchos corren de sesiones de curación a sesiones de curación. Los retiros que prometen la curación se llenan más que los que proponen una experiencia de Dios. Una gran mayoría de personas se compromete en una actividad espiritual con el deseo de desempeñarse mejor en tal o cual campo, de ser liberados de tal o cual dificultad, aliviados o incluso curados de tal o cual sufrimiento. En el marco del acompañamiento espiritual, se tratará evidentemente de escuchar el pedido y el sufrimiento que subyace, pero sobretodo se tratará de invitar al “retirante” a entregar a Dios su inquietud, su preocupación, su deseo de curación y suavemente, progresivamente, a centrarse en Él, tal como en ese instante la persona lo percibe, lo experimenta, lo aprehende. A medida que la relación se establece, que la persona entra en intimidad con su Señor, que deja a Dios

aproximarse a ella o que se atreve a aproximarse a Él, una transformación se opera que bien a menudo deja asombrado. Puesta en relación con Dios, la persona ve que sus preguntas se aclaran de una manera totalmente nueva, ya sea porque pierden su importancia, ya sea porque muy buenamente desaparecen. Dios hace comprender que debilidades físicas y psíquicas no son forzosamente un obstáculo para lo esencial y lo único necesario que es el encuentro con Él.

Descubrir un amor incondicional

Cuando una persona se encuentra con Dios, tiene ante todo la experiencia de su amor incondicional. Se siente recibida y aceptada tal como es con sus luces y sus sombras, sus lados sanos y sus lados heridos. Comprende que no tiene necesidad de cambiar o de ser cambiada para ser amada por Él. Al centrar su acción en la relación del acompañado con Dios, el acompañamiento espiritual favorece esta experiencia. Este descubrimiento, inmenso, pertenece al ámbito de la revelación. Dios no espera que nosotros estemos sanos, con salud, para amarnos. Incluso sufrientes, limitados, somos capaces de amar. Las heridas mismas pueden revelar ser los lugares del encuentro. Se opera entonces en los acompañados otra curación distinta a la esperada. La de la imagen de sí mismos (yo no tengo que ser otro distinto del que soy) y la de la imagen que ellos tienen de Dios (Dios no espera que yo “haga” algo para amarme). Puedo vivir tal como soy. Puedo, tengo el derecho, de estar herido. No tengo nada que cambiar sino mi mirada sobre lo que creía que Dios quería, me pedía, incluso exigía quizás para ser amado por Él. Constato en mi práctica de acompañamiento que el deseo de cambiar, de mejorar las cosas, de ser curado es a menudo mucho más grande en las personas que en Dios. La verdadera curación que Dios desea siempre ofrecernos y que siempre ofrece es ayudarnos a aceptar recibirlo a Él tal como nosotros somos y no tal como soñamos ser. Se operan entonces muchas curaciones, pero ya no son más buscadas por ellas mismas, pues sólo Dios es buscado por sí mismo. Esas curaciones se dan con superabundancia: más libertad respecto de la historia personal y sus heridas, respecto de la mirada de los otros, del éxito; menos regreso al pasado, menos proyección angustiada hacia el futuro sino más bien un gusto por el aquí y el ahora: una alegría, una paz, una confianza para vivir lo cotidiano.

Relación con Dios y revelación de las heridas

Centrarse en la relación con Dios puede igualmente poner al descubierto heridas. Una joven me mantenía un discurso totalmente sensato y justo sobre Dios. Me decía que ella creía en Él, que le

hablaba, que le rezaba. La invité a decirme más sobre el Dios de su oración. La ayudé a expresar cómo sentía su relación con Él, si lo percibía, para tomar comparaciones, como alguien a su lado o más bien situado frente a ella o rodeándola, etc. Poco a poco tomó conciencia de que, en realidad, cuando hablaba con Dios, no le hablaba de frente, que Él estaba como en un costado pero detrás de ella y bastante lejos. Ahondando aún más, se dio cuenta de que ella lo mantenía voluntariamente a esa distancia y en este lugar. Comenzó entonces no sólo a tomar conciencia de esto sino también a experimentar en sí misma lo que sentía ubicándolo allí para finalmente darse cuenta de que tenía profundamente dentro de sí una cólera contra Él. Una cólera antigua pero siempre viva debida a la pérdida de su padre al término de una larga enfermedad, cuando ella era todavía una niña. En esa época, había rezado, suplicado a Dios que salvara a su papá y tuvo la impresión de que Dios no la había escuchado. Se descubre aquí una herida que tiene sin duda muchas consecuencias en la vida psíquica de esa mujer y que un trabajo psicológico podría quizás ayudarla, pero igualmente se descubre una herida que claramente frena su relación con Dios. ¿Cómo avanzar? No focalizándose sobre la herida, sino muy por el contrario, centrándose con más atención aún en la relación con Dios a fin de ayudar a la persona, a partir del lugar donde se encuentra, a desarrollar esa relación. Al plantearse preguntas de orden relacional, poco a poco el contacto va a establecerse más firmemente, a vivirse, a evolucionar de acuerdo con lo que la persona irá experimentando en su relación y con lo que Dios le irá haciendo ver. Consciente de su relación con Dios y de los sentimientos que la habitan al respecto, la persona va a estar en condiciones de entrar en un diálogo verdadero con Él. Esta mujer herida, al atreverse a expresar su cólera a Dios, poco a poco se volvió hacia Él, pudo entonces dejarlo aproximarse a ella y venir a consolarla de su pena.

Expresar sus sentimientos a Dios

Una de las claves de la relación humana es la capacidad de expresar sus emociones, sus sentimientos al otro. Lo mismo ocurre en la relación con Dios. El acompañador espiritual ayudará a su acompañado dándole la posibilidad de hacerlo, a menudo incluso dándole el permiso. Cuando yo puedo expresar a Dios –no a un Dios desconocido sino a un Dios reconocido y sentido en una relación concreta- lo que siento, lo que me pasa, me hiera o me ha herido o mortificado, se producen curaciones profundas. Pero esas curaciones derivan de la relación con Dios y están totalmente ordenadas en el interior de esa relación.

En el acompañamiento espiritual, una resistencia a ponerse en presencia de Dios es a menudo engendrada sea por una cólera, sea por una culpabilidad, sea igualmente por un miedo que no han

sido expresados. El miedo es en muchos casos el proveniente de la imagen de un Dios duro y exigente. “Tengo miedo de lo que Dios podría pedirme” es una expresión que se escucha con frecuencia. Si esa es la imagen de Dios que se tiene en lo más profundo de la conciencia, ¿cómo tener todavía deseos de encontrarse cara a cara con Él? A ese Dios uno puede permitirse rezarle, a veces suplicarle, incluso decirle gracias, pero ¿es un Dios próximo? Al contrario, es un Dios temido que uno tiene miedo de rechazar totalmente porque es poderoso y podría volverse contra nosotros. La resistencia a aproximarse a Dios o a dejar que Él se aproxime, puede también provenir de una culpabilidad. Una falta, un pecado atormenta al acompañado que alimenta la convicción de que Dios no puede acoger y aceptar a un ser tan malo como él. En todos estos casos el acompañamiento espiritual tendrá cuidado de que la atención del acompañado no se centre ante todo en su cólera, su miedo o su culpabilidad, sino en Dios, a Quien, seguidamente, él podrá expresar su cólera, su miedo o su culpabilidad.

La curación de las imágenes, de las representaciones de Dios

La curación de las imágenes de Dios es una de los desafíos mayores del acompañamiento espiritual. Nuestra imagen de Dios condiciona todo lo demás: nuestra vida moral y social, nuestra oración. Será preciso pasar de una imagen recibida a una imagen cada vez más viva y personal. Todos nos damos cuenta de inmediato cuando un discurso es aprendido y repetido sin integración personal. Rezar sin imagen es seguramente posible. No hay sin embargo que creer demasiado rápido que alguien está ya en el puro amor. Nuestra imagen no es quizás consciente, pero es hermosa y muy influyente. Es preciso también distinguir entre lo que una persona dice y lo que ella vive realmente. Dios es amor en mi cabeza, pero en lo que yo vivo, puede ser un Dios rencoroso. Se trata de ayudar a la persona a tomar conciencia afectivamente del Dios del interior y no del de su “cabeza”. Porque es ese Dios el que está obrando en su vida. Y es capital saber si ese Dios no es un falso dios, un ídolo. No se desenmascara, no se desarraiga una falsa imagen más que confrontándose con ella, atreviéndose a decirla y diciéndola. El acompañador tendrá cuidado de pedir a la persona que desarrolle la imagen que tiene de Dios para que emerja la realidad subyacente.

La contemplación concreta, afectiva de Cristo, como imagen perfecta de Dios, cura las imágenes de Dios. La imagen del Padre casi siempre tiene que ser curada, ya sea que el padre biológico haya sido juzgado o experimentado como muy malo o como excelente. Se asiste a menudo, inconscientemente, a un “combate de padres” y generalmente se necesita tiempo para que el acompañado desligue su visión de Dios Padre de la del padre que lo ha engendrado. Es este incluso un trabajo permanente.

En realidad, constato que muy a menudo las personas que vienen a realizar un acompañamiento no tienen una relación verdaderamente personal, consciente y afectiva con Dios. Ellas llevan consigo imágenes totalmente surgidas de lo que se les ha enseñado. El aprendizaje de una verdadera oración personal que sea un verdadero encuentro con Dios y no reflexiones sobre Dios es de extrema importancia para que se haga una verdadera apropiación personal de la enseñanza espiritual recibida. Me acuerdo de un joven seminarista que pensaba que era preciso rezar de rodillas. Al comienzo del retiro le dije que la mejor posición era la que lo ayudaba a encontrar a Dios, a ponerse en su presencia. Él me preguntó si podía estirarse. Le respondí: “¿Cuál es la posición que te ayuda más? –Estirarme. –¡Está bien! ¡Reza así!”. Yo recurría a su libertad espiritual, a su afectividad que le decía que estirado estaría más disponible para encontrar a Dios. Él pasó los primeros días de su retiro rezando estirado. Cada tanto, un remordimiento de conciencia le susurraba que no estaba bien rezar así, y sin embargo, le era forzoso constatar que su encuentro con el Señor se le había facilitado. Más adelante en el retiro, se volvió a poner de rodillas. Lo que importa a Dios, no es ni la posición del cuerpo ni el lugar de la oración, sino la calidad de la relación con Él.

A menudo en los noviciados y en los seminarios, los formadores están atentos para dar a los y las jóvenes, un horario en el que se articule ritmo de oración (meditación, eucaristía, adoración, rosario, etc.), tiempo de estudio, de servicios comunitarios, etc. Esta “armadura” es necesaria. Pero todo el trabajo de formación consiste en que poco a poco esta “armadura” se interiorice para llegar a ser una “columna vertebral”. Así, el joven puede pasar del conformismo a la identificación hasta llegar a la integración. No vaya a ocurrir que el joven religioso o sacerdote crea que la vida espiritual está hecha de prácticas, de gestos, de ritos y que haciéndolos perfectamente, él habría de ser perfectamente cristiano. El acompañamiento espiritual que ayuda a centrarse en Dios va a ayudar a reubicar los “medios” en función del “fin”. Dios es Quien es buscado. Es en función de Él como las prácticas de la fe toman su sentido. La pregunta no es de tal manera: “¿Qué es lo que yo puedo hacer por Dios?”, sino más bien, antes que nada: “¿Qué es lo que el Señor desea que yo haga?”.

Cuando la herida llega a ser un obstáculo

Si hay heridas y sufrimientos que pueden favorecer la relación con Dios e incluso ser caminos hacia curaciones interiores más íntimas, no es menos cierto que algunas de entre ellas son un peso tal que frenan en gran manera –aunque jamás totalmente– el desarrollo de la vida espiritual. Una persona con depresión profunda o aquejada por una patología mental o sometida a comportamientos compulsivos debe recibir una ayuda específica. Una formadora en el acompañamiento espiritual, ella

misma psicóloga, daba el siguiente principio: el problema que la persona plantea ante usted, ¿es más de orden espiritual o más de orden psicológico? Sin duda, el discernimiento no siempre es fácil de realizar. El criterio de la relación con Dios es no obstante primordial y muy precioso. Si el problema mencionado impide de manera importante y recurrente esa relación, hay sin duda que buscar un apoyo más apropiado. Se me vuelve a hacer presente un novicio que a pesar de una gran fidelidad a la oración, un verdadero deseo de ponerse delante de Dios, de buscarlo, se encontraba siempre agitado en su meditación por una angustia profunda e incalificable. Ese novicio tenía además una necesidad imperiosa de hacer deporte para agotar el espíritu y el cuerpo. El combate psíquico aparecía con toda evidencia, paralizando su deseo de ir más lejos en su relación con Dios. Un trabajo psicológico le permitió descubrir una orientación homosexual que él rechazaba, inconscientemente, con todas sus fuerzas. No es raro que, en su oración, un acompañado comprenda que Dios mismo lo invita a tomar otros medios que los del acompañamiento para crecer y dejar que la vida se desarrolle más en él.

Conclusión

El mayor peligro que acecha al acompañador espiritual es tomar el lugar de Dios, pretender saber mejor que Él lo que puede ayudar, salvar, curar al otro. La gran pregunta que el acompañador debe sin cesar plantearse es: “¿Dejo que Dios sea el guía de la relación, Quien dirija la conversación; Lo dejo decir, hacer lo que Él quiere decir y hacer?”. El arte del acompañamiento espiritual consiste en intentar estar, podríamos decir, en el “ritmo” de Dios, sin adelantarlo, sin ir detrás, a fin de que se construya esa relación única que Él quiere como Creador tener con su criatura.

*25, avenue Marcel Leconte
BE-5100 Wépion
BÉLGICA*